



EL BAILE DE LAS CIGÜEÑAS

Raúl Fraga Isasa

EL BAILE DE LAS CIGÜEÑAS



Primera edición: abril 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Raúl Fraga Isasa

ISBN: 979-13-88195-52-5

ISBN digital: 979-13-88195-53-2

Depósito legal: M-10808-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

1 LA CARTA

Me sorprendió mucho aquella carta y me dejó completamente aturdido, tal vez el día no era el más propicio... o sí, quizá, pero me llevó a una especie de confusión que nada tenía que ver con mi vida actual, y aún mucho menos con mi estado de ánimo. Volví a introducir la carta en el sobre abierto y la dejé reposar sobre la mesilla mientras me iba quitando lentamente la ropa. Antes de acostarme, la volví a mirar, ya de otra manera, y no me costó tanto aparcar el asunto para el siguiente día pensando en que más descansado podría dedicarme a ese problema algo mejor y sobre todo con un poco más de entusiasmo.

Después del desayuno, llamé al teléfono que aparecía en una banda alta de aquel documento impreso y pregunté por Clara Villalta, que era la persona que firmaba personalmente la carta. Me contestó una voz que no tenía acento canario; tampoco me extrañó demasiado.

—Usted figura como propietario del nicho de restos que le describo... No sé si será muy consciente de eso, pero comprenderá que me debo de dirigir a usted para cualquier actitud que implique cambios. Necesito que me autorice el traslado de los restos a una fosa común, los nichos están muy deteriorados y los enterramientos son demasiado antiguos... Es lo que se suele hacer en estos casos, quizá no esté informado...

No sé si hice bien, no me pude dar por no enterado porque el tema ya venía bien contado en la carta por la eficiente funcionaria, y desde luego no tenía ninguna intención de hacer lo que hice...

pero acabé haciéndolo ante la propia sorpresa de mí mismo. Ahora pienso que tal vez ella también pudo llevarme a tomar esa decisión. Quedé con Clara Villalta en la puerta del cementerio de Comago el martes de la siguiente semana.

Recordaba Tenerife muy vagamente, había viajado allí dos veces cuando era niño, eso sí lo recordaba: a los cinco y a los trece años. Después estuve de vacaciones en las islas Canarias en un par de ocasiones, pero en otras islas, en Gran Canaria y en Lanzarote, y no se me ocurrió en ningún momento pasar por la tierra de mi abuelo Agustín. Y la verdad es que realmente allí no conocía a nadie, era una familia corta y que yo supiera no había tenido ni siquiera primos directos ni nadie del que guardara un sensible recuerdo con suficiente permanencia. Pero mi reciente ruptura con Kira había hecho añicos la pecera en la que nadaba y me encontraba en blanco y con auténtica necesidad de llenar mi vacío con algo.

Los inconvenientes de las movidas por el aeropuerto, las esperas y el embarque, los había pasado medio dormido y no me habían molestado demasiado. Me había tenido que levantar a las cinco y media para llegar a Barajas con hora y media de adelanto a mi vuelo y eso para mí era una faena monumental; sin embargo, ya estaba sentado en mi butaca, al lado de la redondeada ventanilla aplastada, y miraba con curiosidad a los operarios que se movían en el espacio de las alas realizando algunas maniobras, que no trataba de interpretar, y parecía que pronto empezaríamos a movernos para despegar.

No conseguí dormirme del todo, aunque sí soñé. Soñé que era un pájaro de grandes alas que planeaba por encima del despejado paisaje manchego y que veía el mundo allá abajo, moviéndose a mis pies... Mmmm, eso me generaba una sensación de soledad, de paz, de libertad que me provocaba tanto placer como para no desear escapar nunca de aquella situación. Pero las cosas muchas veces cambian, aunque tú no lo quieras, y un repentino bache me volvió a colocar sobre mi asiento de una forma brusca y desconsiderada, y creo que me quejé dando un pequeño grito porque mi

vecino de asiento se dirigió a mí preguntando si me sucedía algo... Entonces fue la primera vez que me fijé en él, y me fijé bastante, no porque me atrajera nada de él ni de su fisonomía ni de su indumentaria, sino porque era una persona que ya conocía, estaba seguro de que lo conocía, pero no recordaba de qué. En ese momento me pareció oportuno presentarme, y lo hice hasta de una forma bastante convencional.

—Hola, yo soy Carlos Fernández, ¿va usted de vacaciones al sur de Tenerife?

—¿De vacaciones? No, no, esto es para mí un viaje comercial... Perdona, soy Adrien Charpentier.

—¿Es usted francés...? Habla casi sin ningún acento, debe llevar mucho tiempo ya en España; si no, no podría hablar con esa soltura.

—En realidad llevo poco aquí, pero mi madre era española, era aragonesa, y en casa hablábamos su idioma todos... Por cierto, se llamaba también Fernández, Ana Fernández, quizá hasta seamos parientes.

—No lo creo, Fernández aquí es demasiado normal, aunque..., sin embargo he notado en ti algo que me parece conocer, yo creo que te he visto antes en algún lado o he tenido contacto contigo en alguna otra situación... ¿No te importa que te tutee?

—No, Carlos, no me importa el tuteo. Pero dudo mucho que me conozcas, ayer fue la primera vez que vine a Madrid y fue casi de paso. He estado varias veces en Tenerife en estancias muy cortas y en algunas ocasiones fui hasta Zaragoza.

La charla con Adrien me amenizó el viaje, él era mucho más hablador que yo y me estuvo contando alguna de sus andanzas por la América hispana. Era un hombre cordial y más o menos de mi misma edad. Nos intercambiamos teléfonos y quedamos en vernos un día y cenar juntos por el sur de la isla, pero al aterrizar nos dispersamos todos, cada uno eligió su camino más propicio y le perdí completamente la pista. Atravesé los espacios interiores de la terminal, no había excesiva gente, nuestro vuelo parecía no haber

coincido con otros. Tenía la necesidad de hacerme con un vehículo para moverme por la isla y pregunté a un agente por el alquiler de coches, me indicó enseguida una zona de pequeños mostradores con carteles de marcas que ya conocía. No tardé demasiado en contratar un pequeño Fiat-500 y me dirigí con las llaves hacia la salida de la terminal.

Un viento caliente y arenoso me recibió en el exterior; no lo esperaba, el aire de Madrid en febrero era muy distinto al de aquí. No me llevó mucho el orientarme y enseguida di con la parte del aparcamiento destinada a la compañía que había contratado... Allí estaba mi pequeño Fiat blanco esperándome, se le veía recién lavado, incluso algunas gotas de agua caían al suelo desde las partes bajas de la carrocería. Ese era un coche que conocía, me gustaba alquilar esa marca y ese modelo casi siempre que me desplazaba fuera sin mi vehículo: gustaba poco y se llevaba bien.

Utilicé el GPS del coche para señalar la población y el hotel que me había reservado la agencia de viajes, y me dejé guiar desde el instante mismo en que arranqué el vehículo; no conocía para nada ni el lugar ni las carreteras que salían de allí hacia todas las partes de la isla. Me sorprendió el abundante tráfico que había en aquella autopista, en las dos direcciones además; no obstante, se conducía bien y el coche era cómodo. Casi todas las construcciones que aparecían, sobre todo a mi izquierda, parecían turísticas. Permanecí por aquella carretera casi un cuarto de hora y el GPS me sugirió que saliera en la indicación de un cartel de fondo azul que señalaba la palabra ADEJE, me extrañó un poco, aunque lo hice, y continué por una calzada secundaria, casi paralela y a la derecha de la autopista. Otro cartel, esta vez de fondo blanco, apareció a la vista indicando en una glorieta varias direcciones, una de ellas era claramente la de COMAGO.

La Ensenada del Marqués era un buen hotel de cinco estrellas, grande, aunque no excesivamente grande, y muy acorde en el terreno en que se situaba; creo que en la agencia habían interpretado bien mi deseo. Por dentro aún me gustó más y la habitación estaba

genial: constaba, a la entrada de un pequeño y coqueto salón y, a continuación de un amplio dormitorio con cuarto de baño, las dos estancias daban a un ambientado y hermoso jardín; el salón contaba además con una amplia terraza con mesa redonda de madera, dos sillas y una tumbona de lona amarilla.

Me acordé automáticamente de Kira y deseé con fuerza que estuviera allí y que disfrutara conmigo de todo aquello, estaba seguro de que ella lo iba a apreciar aún más..., aunque enseguida cayó sobre mí la capa de la desesperanza y, a continuación, vino el recuerdo de algunos momentos amargos, que me forzaron a sentarme sobre la cama y a derramar alguna lágrima.

No llevaba demasiada ropa en el maletín, me costó poco trabajo y poco tiempo llevarla hasta el armario de la habitación. Después encendí la tele y me tumbé en la cama con la ropa puesta, solo me quité los zapatos porque me empezaban a molestar. Eran algo más de las tres de la tarde y había comido alguna cosa en el vuelo. Estaba demasiado cómodo, me vencía el sueño y poco a poco me venció del todo, a pesar de la importante luz natural que entraba desde el exterior en el dormitorio. Noté a mi lado a Kira y la suavidad de su mano posándose en mi pecho y recorriéndolo con las yemas de sus dedos..., como solía hacer siempre, y sentí el leve roce del borde de sus uñas incrementando aún más el placer de aquellas sensaciones...

El inquietante sonido del teléfono me despertó con brusquedad y lo que más me cabreó fue no ver a mi lado a Kira, no encontrarla allí a pesar de haberla oído y de haberla tanteado entre mis brazos..., y no, no estaba, esa era la cruda realidad. Tampoco llegué a tiempo para responder el teléfono, estaba sobre la mesilla más alejada y no fui lo suficientemente rápido. Un número apareció en la pantalla y, después de esperar un par de minutos, llamé yo y no me contestó nadie. Me volví a tumbar, pero no me volví a dormir y, al mirar el reloj, vi que eran ya las siete y veinte de la tarde; no se me podía escapar de esa manera el día y me puse rápidamente en marcha. Al bajar a recepción me di cuenta de que allí todavía

era una hora menos, no había sido consciente aún de esa pequeña paradoja y para que no se repitiera más cambié en mi reloj la hora.

Estaba cerca del mar y se notaba: el viento era húmedo y olía a yodo y a sal, y como casi todos los habitantes de las comarcas interiores, corrí a verlo y a tocarlo. No debía ser muy difícil llegar hasta él..., y no lo era, allí estaba, al doblar la siguiente esquina..., majestuoso, brillante, escupiendo espuma al encontrarse con la sólida roca y con la multitud arenosa de la playa. Me quité zapatos y calcetines, remangué los pantalones y dejé que el agua salada me mojara, el cadencioso vaivén de las olas me masajeaba y me refrescaba los pies. Después de un buen rato y viendo caer el sol sobre una isla, aparentemente no muy grande, que había justo enfrente y que unos días después me enteré que se llamaba La Gomera, me senté sobre la arena, no muy lejos de la línea más alta del mar, y me dediqué a mirar las nubes y las olas hasta que desapareció completamente la luz natural.

Después de ducharme y de hablar un rato largo con una recepcionista extremadamente amable y simpática, que me informó de muchas cosas, salí a la noche de la calle y salí pensando en los ojos de Irene, que se me habían clavado dentro, eran aún más grandes y más oscuros que los de Kira... ¡Kira, joder! No me la podía quitar de la cabeza. Irene era la recepcionista simpática de mi hotel. Respiré con profundidad, qué diferente era el aire de la noche aquí, era templado y sensual, te acariciaba la piel y te apaciguaba el alma...

Busqué el restaurante que me indicó Irene en el mostrador de recepción; con sus datos me fue muy fácil encontrarlo: Brisas del Atlántico era el nombre, y su especialidad: el pescado. No sé cómo llamaban allí al que me pusieron, aunque me lo habían dicho antes, pero estaba exquisito, bien cocinado, y además yo tenía hambre. Se parecía algo al besugo y abierto aún más. Suave, jugoso, con unas deliciosas papas y el famoso mojo..., mmm. Lo acompañé con un Blanc Pescador de Perelada y lo rematé con un helado de café. Estaba en la amplia terraza de aquel local porque no me pareció que aquella deliciosa noche tuviera que pasarla encerrado, y a eso de las

once y media empezó a sonar una melodía que, desde un porche cubierto, tocaban tres músicos con aspecto caribeño. Algunas personas salieron a bailar a una pista muy próxima a la mesa en donde yo me encontraba y me pareció muy divertida la idea... Me fijé en dos mujeres que estaban sentadas cerca, que estaban solas y que también me miraban sonriendo, y no lo dudé.

—¿No os apetecería bailar un poco? —les dije.

Y me contestaron en inglés. Yo continué en inglés también, recordaba mis dos años pasados en Cardiff, antes de terminar mi carrera, y mi reciente y larga estancia en Londres para cerrar los asuntos de mi primo Andrés. Las dos mujeres eran alemanas y tenían ganas de divertirse, me dijeron que se llamaban Conny y Grete, eran de una pequeña ciudad próxima a Frankfurt.

—No puedo hacerlo con las dos, aunque sí podemos turnarnos o, mejor aún, bailar los tres en grupo.

Eso les dije y les hizo gracia mi proposición. Estuvimos bailando la mayor parte del tiempo sueltos y alguna de las veces juntos con cada una de ellas. Grete me pareció más implicada, incluso de una forma discreta la llegué a acariciar y hasta ligeramente besar en su mejilla, y ella se me entregó más, yo creo que incluso podía haberle llegado a sugerir que subiera a mi habitación..., si no se hubieran presentado súbitamente sus dos parejas, que habían estado bebiendo cerveza en un pub y viendo unos partidos de fútbol atrasados de la selección alemana. Fueron muy correctos los dos y no les molestó en absoluto que estuviera entreteniéndolos a sus mujeres, incluso tomamos la última ronda de cervezas juntos. Eran los dos mecánicos y trabajaban en el mismo taller. Me dio la impresión de que a Grete le frustró no haber podido terminar el día conmigo y de que lo más probable sería que no nos volviéramos a encontrar ya nunca más.

La frustración de Grete fue también la mía y, casi sin pensar, me metí en un local de copas que anunciaba espectáculo y donde también se podía bailar. Pedí simplemente una Coca-Cola y me senté en un taburete de la barra. El local no era muy grande; sin

embargo, sí mucho mayor de lo que aparentaba desde fuera, había dentro más de cincuenta personas y una música vibrante y muy sonora que, en aquel momento, me pareció hasta estridente, pero no me quise mover de allí. Unos minutos después, aparecieron en la pista de baile seis chicas y dos muchachos, aparentemente muy jóvenes y con ropa sugerente que más que ropa parecía escuetamente lencería, y bailaron varias piezas no dejando nunca de mirar al público. Una pareja de ellos ejecutó al final y magistralmente un tango y después todos se distribuyeron entre los clientes que nos encontrábamos en el local. Una de las mujeres se acercó hasta donde yo estaba y, en un determinado momento, trató de hablarme, aunque yo, imaginando cómo podían terminar esas cosas, traté de no entrar ahora en aquel juego.

—¿No quieres tomar una copa conmigo?

—No es cuestión de querer o no, estoy cansado y me quiero ir.

—¿Y para qué has entrado entonces aquí?

—No lo sé... Creo que solo para conocerlo, para ver cómo era.

—Ya lo has visto entonces... Te puedes marchar si quieres.

—¿Me echas de aquí así... sin más?

—Yo no, tú te vas..., eso me has dicho por lo menos.

—¿Cómo te llamas?

—¡Vaya! Ahora quieres saber mi nombre... Está bien, me llamo Irene.

—¡Ah! Es la segunda Irene que conozco hoy... Tú me pareces más guapa.

—¿Sí? ¿Pretendes halagarme...? Te equivocas, quizá seamos la misma.

Al volver a entrar en el hotel, no vi a nadie en recepción, eran casi las dos, podía ser razonable que ya no hubiera nadie. Sin embargo, la última frase de la chica del local de copas se me había quedado grabada de una forma tonta... Me insinuó que quizá fuera también la Irene de recepción..., ¡joder! Parecía absurdo y ahora para mí tenía algo de intriga..., quizá fuera que solo me picaba el morbo. No quise entretenerme en eso más y subí por la escalera

hasta mi habitación, estaba realmente cansado y mi cuerpo me pedía paz. Ya en la cama eché de menos el cuerpo de Kira a mi lado, su olor..., su respiración, el suave calor que irradiaba... Eran ya más de cincuenta días los que no estaba con ella... ¡bufff, cincuenta y tantos días ya!

Aquella noche soñé con Grete, me vi bailando con ella y sentí cerca esa cara de muñeca y su cabello un poco rojizo que me acariciaba la cara. Era muy agradable estar así..., bastante realmente. Y, acercándose mucho, me dijo algo al oído que tardé en entender, pero que al final lo escuché con toda claridad.

—Soy Kira y estoy contigo... Siempre estaré contigo, aunque tú no te des cuenta.

Y yo me hice la ilusión de que era así, aunque sabía que me engañaba, que cuando pensaba en amor, en afecto, en cariño..., ya no era en mí en la persona en quien pensaba, yo no era para ella nada más que un vago recuerdo, un recuerdo agradable, nada más... Y ni siquiera era ella el cuerpo que abrazaba, era el de Grete, un engaño más...

2 LAS CIGÜEÑAS DEL CEMENTERIO

Me costó dar unas cuantas vueltas para encontrar el cementerio, tuve que pararme dos veces a preguntar, no obstante había salido con suficiente tiempo y el lugar de mi destino no estaba demasiado lejos del hotel. Afortunadamente, aparqué en la misma puerta, solo había dos coches parados por allí y salí, aún faltaban diez minutos para que dieran las once de la mañana. El sitio no estaba mal elegido, en la parte alta del pueblo y con unas vistas espectaculares, se podía contemplar desde allí parte de la costa sur de la isla de Tenerife... Realmente aquello te atraía y el día no podía haber sido mejor elegido: cielo azul, sin nubes y una claridad que no dejaba lugar a ningún engaño visual. Noté unos pasos detrás de mí y me giré con rapidez, una mujer relativamente joven, vestida con un traje muy formal y con un gesto aún más formal, pero que no disfrazaba en nada su atractivo, se acercaba decididamente a mí y, cuando se sintió observada, me miró también, y en su rostro se dibujó una ligera sonrisa que humanizó algo su imagen de funcionaria del ayuntamiento. Dejé que hablara ella primero.

—Carlos Fernández, supongo.

—Sí, creo que aún me sigo llamando así... Clara Villalta, supongo también.

—Es usted muy puntual, me sorprende un poco eso, por aquí la gente no suele serlo tanto, ¿Lleva muchos días por Tenerife?

—No, llegué ayer mismo, a mediodía.

—¿Tiene algunos asuntos por aquí?

—No, Clara, he venido solo a esto.

—No me diga... Lo podíamos haber resuelto todo por internet.

—No. He querido venir de propio, al fin y al cabo, esta es la tierra de mis ancestros... —dije dando un tono tribal a mi decisión, cosa que no sentía en absoluto—. Tú no eres canaria, ¿verdad, Clara...? No lo pareces, por lo menos.

—No. Soy navarra, de Caparroso...

—Qué curioso, mi mujer también es de allí... Bueno, mi exmujer, nos hemos separado hace dos meses...

—¡Vaya! Lo siento... ¿Cómo se llama ella?

—Kira... Kira Unzue.

—Kira... La conozco de verla de chica en las escuelas, e incluso hablé alguna vez con ella. Es un poco mayor que yo, pero la conozco, aunque hace mucho tiempo que no la veo.

No quería continuar con aquella conversación y Clara fue perfectamente consciente de ello, y, sin decir nada más, pasó directamente al grano señalándome con su brazo la dirección de la puerta enrejada del cementerio. El lugar tenía algo de encantador a pesar de las construcciones un poco agobiantes de los nichos, aunque afortunadamente no eran demasiado altos. Siguió una ruta determinada y acabó en una zona más sencilla, pero con tumbas y nichos bastante deteriorados, y así se lo hice ver.

—Por eso queremos arreglar todo esto, el ayuntamiento tiene aprobado ya un presupuesto para derribarlo y hacer nuevas construcciones.

—Arrojando todos los restos al vertedero.

—¡No es un vertedero! Es un osario, una tumba común. Casi todas estas tumbas tienen más de cien años, ya nadie se ocupa de ellos..., ni siquiera los conoce casi nadie... Estas cosas se hacen siempre así. De todas formas, si los quieres conservar, te ofrecemos unos nuevos nichos, más pequeños, pagando solo la tercera parte de lo que costarían ahora.

—¿Dónde está mi familia?

—Son... es esa tumba de ahí, la de abajo, hay restos de dos personas... María Rodríguez y... Rafael Fernández, ¿son tus abuelos?

—No. Ella, María, era mi tatarabuela y él un primo hermano de mi padre que murió con dos meses nada más y aprovecharon la tumba. Fue hace mucho, incluso mi padre aún tardó varios años en nacer después de que muriera aquel pobre bebe.

—¿Tú eres de aquí, Carlos?

—No, qué va, soy de Madrid, mi abuelo Agustín Fernández es el que era de Tenerife, es la primera vez que estoy en este pueblo, en Comago... No sabía ni que existía, tuve que mirar un mapa. No parece un nombre muy canario.

—No, Carlos, igual que Arona. Parece que fueron unos colonizadores italianos los que los bautizaron con los nombres de sus respectivos pueblos. En realidad son dos pequeñas ciudades del norte de Italia, creo que próximas a Génova.

Me situé un instante delante del nicho, nos callamos los dos y se hizo un silencio importante... En aquel momento tuve la sensación de que todo se paraba para mí, de que el tiempo no era un factor que siguiera su marcha, sino que se atascaba y dejaba de contar para los que estábamos allí. Fue solo un momento, que para mí duró una eternidad. Mis ojos se posaron en el cielo y vi revoloteando sobre mi cabeza, a una altura casi imperceptible, a cientos de cigüeñas con sus grandes alas extendidas. Me sorprendió mucho aquello y hasta logró sacarme de mí mismo.

—¿Hay cigüeñas en Canarias?

—Sí, por lo visto desde hace algunos años.

—Pero hay muchas..., mira.

—Es verdad, son muchas. A mí me sorprendió también cuando las vi por primera vez.

—Es bonito contemplarlas, tienen un vuelo tan majestuoso...

—Sí, tal vez sí... ¿Qué hacemos por fin con los restos de tus parientes, Carlos?

—No lo sé, ¿podría pensarlo unos días?

—¿Vas a estar mucho tiempo por aquí?

—En principio creo que cuatro o cinco días más...

—¿En qué trabajas, Carlos?

—Soy arquitecto, trabajo por mi cuenta, no te preocupes; y ahora además estoy bastante tranquilo, por el momento.

—Bueno.... Contéstame si quieres mañana, nos urge un poco empezar con esto y el alcalde me está apretando ya. ¿Quieres tomar un café conmigo?

El pueblo de Comago quedaba por debajo del cementerio y no a mucha distancia, y se entraba en él por una calle diferente a la que yo había utilizado para llegar hasta allí. Clara había ido al cementerio andando. No me fue muy difícil aparcar, parecía un pueblo grande. Eligió un bar pequeño y coqueto, algo separado del centro, con una barra redondeada que ocupaba casi todo el espacio, y ella prefirió que nos sentáramos en una de las pocas mesas que quedaban en el fondo del local, no había en ese momento casi nadie allí. Una muchacha muy sonriente, que parecía conocer bien a Clara, rápidamente nos atendió.

—¿Y qué hace una chica de Caparroso en este pueblo de esta lejana isla?

—Pues... Vine aquí por curiosidad hace ya... Buff, más de cinco años, me busqué trabajo algo después en este ayuntamiento y... aquí sigo todavía.

—¿Por qué en este ayuntamiento?

—Soy economista, les hacía falta. Además conocía gente aquí y..., en un momento determinado, me buscaron un hueco.

—Me parece que te encuentras bien en Comago.

—Sí, no me puedo quejar, digamos que últimamente he hecho aquí mi vida y estoy relativamente satisfecha.

La expresión de su cara me indicó entonces algo que no lo supe captar bien, aunque me dio la impresión de que su felicidad no era completa y me surgió una pregunta asociada a mi curiosidad.

—¿Por qué relativamente satisfecha?

Clara me miró con cara de susto y me pareció que mi pregunta la incomodaba. Sentí habérsela hecho, aunque ya no podía volver atrás. No obstante, me contestó de forma educada y tratando de dibujar en sus labios una pequeña sonrisa, pero estoy convencido de que fue aquello lo que terminó con nuestra conversación.

—No creo que deba contarte aquí mi vida, Carlos, estoy bien.

Cuando me metí de nuevo en el coche, no sabía bien qué rumbo tomar, tenía todo el día para hacer lo que yo quisiera y lo bueno es que no sabía lo que quería, lo cual me daba un margen de libertad total. En el aeropuerto, la persona de la compañía que me había alquilado el Fiat-500 me había dado también un plano de carreteras que me parecía bastante completo para lo que necesitaba ver de la isla; no obstante, preferí asesorarme por alguien del lugar. Clara había marchado andando para el ayuntamiento y se me ocurrió volver a entrar en el bar de donde había salido hacía cinco minutos y preguntar a la muchacha que nos atendió allí.

—Perdona que antes no te haya dicho nada, me llamo Carlos y... no conozco la isla. Me gustaría ver algo interesante de por aquí, ¿me podías orientar un poco?

La muchacha me miró un poco confusa, aunque reaccionó enseguida.

—¡Ah...! Tú eres la persona que estabas en aquella mesa con Clara. Sí, claro, te digo lo que quieras.

Era muy simpática y me dio la impresión de que le había caído bien, así que intenté sacar provecho de la situación porque en aquel instante el bar estaba vacío. Sobre el plano miramos durante un buen rato y me sugirió bastantes cosas, e incluso dibujó con un lápiz encima varias rutas. Su sonrisa era permanente y te contaba y hablaba como si te conociera de toda la vida, era un encanto de mujer. También me dijo su nombre: Esther.

—¿Conoces mucho a Clara Villalta? —me preguntó.

—La acabo de conocer hoy, tenemos un asunto pendiente.

—Ella también es peninsular como tú, lleva ya unos años aquí, es muy buena persona.

—¿Vive sola aquí?

Aquella pregunta surgió de forma espontánea, no tenía ninguna intención de habérsela hecho e inmediatamente me arrepentí cuando salió de mi boca, pero Esther la aceptó bien y me contestó enseguida.

—Ella vino a Comago con Agustín Fernández hace varios años y desde hace más de uno está sola; vive en un apartamento de la costa.

—¿Quién es Agustín Fernández?

—Perdona, es verdad que no eres de aquí, no lo recordaba. Agustín es el alcalde de Comago, lleva ya más de diez años dirigiendo el ayuntamiento.

No me sorprendió la respuesta de Esther, me sorprendió más el apellido del tal Agustín: era Fernández, como el mío, e incluso su nombre era el mismo que el de mi abuelo; estaba seguro de que por ahí existía algún lazo familiar. Tampoco me sorprendió lo que me dijo de Clara..., quizá lo reflejaba en su cara y en sus palabras, aunque se la veía muy satisfecha de estar viviendo en la isla.

Pasé la mañana en la costa, me acerqué a contemplar el acantilado de los Gigantes y comí un pescadito en playa de Santiago, aquello consiguió darme una relajante tranquilidad. Y tengo que reconocer que vi a Kira en varias ocasiones y en algún caso incluso estuve a punto de intentar hablar con ella. Volví al hotel a las cinco y veinte de la tarde y me recibió la sonrisa de Irene. Me pareció entonces muy guapa, mucho más que ayer, llevaba el pelo recogido y una deliciosa blusa azul que realzaba bastante el volumen de sus pechos y el tono de su cara. No pude evitar tener una conversación con ella..., aunque ella también me dio pie para hacerlo.

—¿Qué tal le ha ido la mañana? ¿Le gustó la isla? —me dijo curiosa, y yo le conté lo que me pareció adornándolo siempre con alabanzas a su tierra.

Después, en la cama, volví a pensar en sus palabras y volví a pensar en ella. Repasé punto por punto su cara deteniéndome especialmente en los ojos, en los labios y en su deliciosa barbilla, y después bajé lentamente bordeando sus tetas hasta llegar a la cintura...; era todo lo que conocía de ella, lo que sobresalía de la barra de recepción. Pero de forma espontánea el sueño me venció enseguida y, en él, volví a ver a las cigüeñas revoloteando en el azul del cielo, perdidas en un objetivo oculto y dando vueltas y más vueltas encima

de las tapias del cementerio de Comago... Aunque ahora había más, muchas más, y volaban hasta donde se perdía el cielo. «¿Qué vas a hacer con nosotros? —me dijo una voz perfectamente real. Y yo hice como si no la escuchara, tal vez porque no la quería escuchar; sin embargo, insistió, apareciendo también la imagen de una anciana, que supuse que debería ser la de María, mi tatarabuela, y me repitió la misma frase, esta vez aún más insistente—. No te hagas el sordo conmigo, que te conozco, ¿Qué vas a hacer con nosotros?». E intenté volverme a hacer el sordo, pero esta vez solo me desperté y... me costó demasiado darme cuenta que aún el día no había pasado.

La habitación estaba oscura y, al correr las cortinas, seguía estando oscura. ¿Había pasado tanto tiempo como para hacerse la noche...? Pues parecía que sí. Me quité toda la ropa y me di una ducha con agua templada, no utilicé otra cosa, estuve casi un cuarto de hora debajo del agua, me sentó bien aquello. Después me vestí con una camisa azul clara y unos pantalones vaqueros clásicos, cogí también un jersey blanco por si acaso y, cerrando la puerta, bajé las escaleras andando. Irene ya no estaba allí, su sustituto era un hombre de más de cincuenta años, que me saludó muy cortésmente.

Caminé un buen rato por los jardines del hotel y entre los locales y las piscinas. Aquello era un pequeño mundo, había por todos los sitios muchos turistas, pero los espacios eran amplios y no sobraba nadie. Entré en un pequeño bar y pedí una cerveza, que asombrosamente allí acompañaron con un delicioso aperitivo de pan con jamón. Una mujer relativamente joven, sentada en el taburete de una mesa próxima, cruzó su mirada con la mía y me sonrió; yo, instintivamente, lo hice también. Aunque la iluminación era baja y no se veía con demasiada nitidez, me pareció distinguir en ella a Grete, la alemana que bailó conmigo el día anterior, y, sin pensarlo demasiado, me acerqué hasta ella.

—*¿Are you Grete, really?* —le dije en inglés, y asombrosamente me respondió en un correcto español.

—No, soy María, tu vecina de habitación, nos hemos saludado en el pasillo un par de veces.... No parece que te acuerdes.

Realmente no recordaba nada, sin embargo, tampoco me atreví a decírselo, aunque ella súbitamente se levantó y se excusó por marcharse porque me dijo que tenía a su bebé durmiendo solo en su habitación y que solo había salido cinco minutos para tomar un café. Desde la puerta del bar me dijo en un tono bastante serio:

—A ver qué vas a hacer.

No supe reaccionar porque tampoco la entendí y durante más de diez minutos me quedé parado delante de mi asiento, hasta que vi entrar a dos mujeres que se pararon ante mí, me saludaron cariñosamente y, ahora sí, hablando en inglés. Esta vez solo con mirarlas se me iluminó la cara.

—¿No te acuerdas de nosotras...? Somos Conny y Grete, te vimos al pasar, estamos también en este hotel.

—¡Cómo no me voy a acordar, Grete! Me acuerdo muy bien de ti..., y de tu amiga también. Estaba un poco distraído, nada más... Ayer creí que no os volvería a ver más...

Tomamos juntos unas cervezas y muy discretamente Conny me dejó solo con Grete, antes me advirtieron que sus parejas no volverían hasta bastante tarde porque tenían una competición de no sé qué cosa. Y yo me senté con ella en una mesa discreta que había en un espacio más elevado y en la parte trasera del local. Grete tenía tantas ganas de mí como yo de ella y nos comportamos como dos novios primerizos y enamorados; todo se quedó en besos y caricias, no quiso subir conmigo a mi habitación.

—Richard no es mi pareja, es el hermano del marido de Conny, estoy bien con él, pero no me gusta demasiado.

—Sin embargo, ahora estas con él en su misma habitación.

—Sí, pero no estoy muy conforme..., prefería estar contigo.

—Grete, eso es un poco complicado, creo que debemos dejarlo así, como está.

Cuando la dejé, di otra pequeña vuelta por allí, se estaba realmente bien respirando el anochecer, y me metí después en una especie de cafetería que había en el mismo edificio del hotel; me tomé un sándwich con una Coca-Cola. Escuché un poco de mú-

sica de un pianista que tocaba allí y, aunque no tenía demasiado sueño, decidí irme a mi habitación. Pensé que había completado mis necesidades románticas de ese día con la hora y media escasa que había pasado junto con Grete.

Aunque, al volver a pasar por recepción, vi a Irene limpiando con un paño del polvo el pequeño mostrador en donde siempre se situaba. Estaba fuera y de espaldas, ella no me vio; sin embargo, yo sí la pude contemplar por primera vez completa y... no sé si fue la atractiva figura de aquella mujer o el deseo despertado con la alemana esa tarde, pero me excitó bastante y no pude evitar dirigirme a ella.

—¿Otra vez por aquí, Irene? Me parece que te están explotando.

Al escucharme por detrás, se volvió algo bruscamente, aunque conservando también la deliciosa sonrisa que siempre la acompañaba.

—Ah, señor Fernández, hoy estoy de guardia y tengo que pasar la noche aquí.

—¿Toda la noche?

—A las cinco de la mañana me relevan y me quedo a dormir en un pequeño cuarto que tenemos en la primera planta.

—Vaya.... Pero si eso te resulta algo incómodo, yo te ofrezco mi habitación.

—Gracias, le haré caso y, si no logro descansar bien, me iré a su cuarto, aunque entonces usted se pasará también al mío, será un intercambio.

Me respondió riendo y demostrando asimismo un buen sentido del humor. A continuación, volvió a situarse en su puesto y, sin abandonar la sonrisa, dio por terminada nuestra conversación.

Encendí la tele mientras me desnudaba e incluso aguanté algo viéndola dentro de la cama, pero mi pensamiento me llevó hasta la tal María que se presentó como mi vecina y a la frase que me dijo en un tono serio al salir del bar: «A ver qué vas a hacer...». Era casi la misma que había escuchado en el sueño de esta tarde... Aunque

en realidad esa era: «A ver qué vas a hacer con nosotros». Realmente le faltaba el «con nosotros» y eso cambiaba bastante porque la de María podía ser simplemente una advertencia para que no me desmadrara demasiado, ¿pero por qué se iba a meter ella en eso...? Bueno, estaba en el cuarto de al lado y tenía un bebé..., no le apetecería escuchar demasiado ruido.

Se había levantado un fuerte viento y parecía que sonaba todo, me levanté para comprobar que estaban cerradas todas las ventanas. En mi terraza se movían hasta las dos sillas y la tumbona, pero pude observar que en la terraza de al lado la luz estaba encendida. Por curiosidad, abrí un poco la puerta acristalada y asomé mi cabeza, el viento casi me escupió de allí, aunque escuché voces muy próximas e incluso hasta me pareció oír cantar a alguien, y además fuerte... Parecía imposible que nadie pudiera estar ahora de tertulia en el exterior... También pensé que el alcohol consigue muchas veces cosas aparentemente imposibles. Cerré bien la puerta, corrí las cortinas y me volví a acostar.

Me debí dormir enseguida porque no tuve conciencia de ello, aunque sí recuerdo que súbitamente apareció ante mí la imagen de una mujer alta y delgada que caminaba hasta donde yo estaba. No la pude ver con nitidez porque algo la velaba y confundía sus rasgos, que quedaban bastante borrosos, pero sí se percibía que en sus dos brazos sujetaba a un bebé. Llegó hasta situarse a unos dos metros de mí y allí se paró.

—¿Quién eres? —le pregunté.

—¿Quién eres tú? —me respondió.

—Me llamo Carlos Fernández y vengo de Madrid.

—Ah... Te has tomado la molestia de venir... Perdona, yo soy María, y el niño Rafael.

—¿Tenéis que ver algo conmigo? —dije entonces.

—Ja, ja, no sabía que fueras tan tonto, no me extraña nada que te dejara Kira.

—Por favor, no me toquéis ese tema...

—Está bien, lo siento, Carlos, empecemos de nuevo. ¿Qué vas a hacer con nosotros?

—¿Qué queréis que haga?

Aquella pregunta se quedó sin contestación y, de manera casi instantánea, recordé el nombre de mi tatarabuela: María, y del primo de mi padre: Rafael; los familiares del viejo nicho del cementerio, el objetivo de mi viaje allí y... mi conciencia se zambulló de forma inmediata en la profunda transparencia de la nada, que la absorbió para el resto de la noche.

